

—¿Qué va á decir la señora Charles?—pensó.—  
¡Yo que soy la exactitud en persona! según decía mi profesor de retórica. Vamos á comer mi chuleta, que ya estará seca, y luego, esta noche... sí, esta noche, por el tren de las ocho... ¡pues bien, sí! me marcho á los Housseaux. Así como así, el notario me da prisa y hay que complacerle.

## XXI

—Señor—dijo José, con su sombrero en la mano, en pie ante la butaca donde descansaba su amo,—ya es hora de vendimiar, las uvas no quieren aguardar más. Si el señor tiene confianza en mí, se verificará la vendimia, sin que el señor se moleste.

—No hay más remedio, José—repuso La Brève con un desaliento en que entraba algo de amargura.—Haga Vd. lo que pueda; contrate á los obreros.

—Ya están contratados, señor: si no me hubiera anticipado, como ya ha llegado el buen tiempo, y todos los propietarios quieren vendimiar en la misma fecha, nos encontraríamos sin gente; así es, que podremos empezar mañana por la mañana.

—¿A qué hora debo levantarme?—preguntó Evelina.—¿Será demasiado pronto á las cuatro?

—¿Usted, querida señorita?—exclamó José sorprendido.—¿Desea venir á ver á los vendimiadores?

Pues con que esté Vd. dispuesta por la tarde, ya es bastante; después de la comida es más alegre; y además, hará más calor. ¡Por la mañana se expondría á resfriarse con la escarcha!

—Es que no trató de recrearme, José, sino de sustituir á mi padre...

Un resplandor raro, cruzó por los ojos del rústico sirviente, un movimiento nervioso contrajo su boca, pero, sin perder su sangre fría, preguntó respetuosamente:

—¿Entonces quiere Vd. aprender, señorita?

—Aprender, sí, José, si quiere Vd. enseñarme, porque yo no sé nada; pero desearía dar cuenta al amo, de los trabajos de su casa.

—Pues es muy sencillo, señorita, no tiene Vd. más que mirar, y lo que no sepa, se le explicará. ¿De modo, que quiere Vd. cortar el primer racimo? Entonces hay que madrugar mucho.

—¡Madrugaré, José! y se lo traeré á mi padre.

—Está bien. ¡Este año hay mucha uva! ¡Si es tan buena como hermosa, será una magnífica cosecha, que convendrá conservar, pues más tarde, valdrá mucho dinero.

A la mañana siguiente, antes de que los dorados matices del alba se hubiesen teñido de color cereza. Evelina se hallaba en la cocina, con gran sorpresa de Elmira. Vendimiadores de uno y otro sexo entraban unos tras otros, alegres y bulliciosos, á pesar de las observaciones de la vieja sirvienta, que miraba por el reposo de su amo. Después de un rápido desayuno, despachado á toda prisa, todo el mundo se encaminó á

las viñas, bajo la vigilancia de José, más remendado que nunca, pues no debe ponerse uno sus vestidos de gala para asistir á la vendimia.

El sol, que desde que despertó, se había escondido entre una ligera neblina, reapareció á las nueve arrojando oleadas de luz sobre la linda colina, llena de blusas azules y de sombreros blancos. Los cestos de uvas se dirigían hacia el lagar, y Evelina pensó que debía ir á visitar á su padre.

Cuando penetró en el cuarto, con su canastilla de uvas en una mano, y su gran sombrero que daba sombra á su rostro, se hallaba tan sonrosada, tan fresca, tan bella, respirando tanta salud que el señor de La Brève quedó maravillado.

—Todo va bien, papá! ¡si viese Vd. cómo trabajan! ¡Y cantan, todos están contentos! ¡Da gusto verlos! ¡Da gusto vivir!

Abrazó á su padre, con tal fuerza, que le produjo un poco de daño; pero él se guardó mucho de decir nada.

—Volveré después de comer—dijo la joven,—por ahora, nadie necesita que le vigilen: José dice, que siempre se empieza muy bien, y que por la tarde es cuando conviene estar alerta. ¡Oh! ¡papá, cuánto vale ese José! ¡Lo sabe todo, está en todo! Y cuando hace falta, habla con energía; pero le gusta reír, y les pone á todos de buen humor. ¡Y su chiquillería! ¡Hay que verla! ¡Cortan los racimos con verdadera saña! ¡estoy segura de que trabajan más que las jóvenes... Las hijas de Anjou son muy flojas, según dice Elmira.

Elmira apareció algo jadeante, anunciando:

—El señor Buxy, pregunta cómo sigue el señor.

—¡Hágale subir!—replicó alegremente La Brève. Las mejillas de Evelina se colorearon súbitamente, de rojo.

Max entró, llevando consigo algo de juventud, de energía que parecía renovar el aire de la habitación; y preguntó al anciano:

—¿Qué tal, señor, está Vd. en penitencia?

—¡Ya lo ve Vd., pero espero que no durará mucho!—contestó La Brève.—¿Cuándo ha llegado Vd.?

—Esta mañana al amanecer; pero muy misteriosamente; no me gusta avisar á nadie.

La cinta de crespón que llevaba en el sombrero, atrajo la atención de Evelina y de su padre.

—Crea Vd. que le acompañamos en el sentimiento que le producirá la pérdida de su pariente...

Max se inclinó cortésmente, arreglando de ese modo el tributo que las conveniencias debían al infortunado Nollard.

—He llegado á las seis y media y ya he tenido tiempo de poner en orden muchas cosas...

Lord arañaba la puerta con tanta fuerza, y con unos gemidos tan lastimeros, que se conmovió la escalera; Evelina se apresuró á abrirle y se desarrolló una escena de reconocimiento entre el danés y su antiguo amo; y, terminada ésta, reanudaron la conversación.

—Decía—continuó Max,—que he arreglado muchas cosas en poco tiempo; están viendo Vds. á un hombre que acaba de despedir á dos caballos y seis criados al mismo tiempo. Sólo me he quedado con una

mujer anciana, para que abra las ventanas durante el invierno, y para que dé de comer al viejo caballo.

—Según eso, ¿no va Vd. á permanecer aquí?—preguntó La Brève.

—No lo sé... es poco probable... Y sin embargo, ahí hubiera trabajado bien... no porque la casa me agrade, ya saben que no es de mi gusto... Además, no puedo vivir sin hacer nada... No soy rico. ¿Cómo? ¿No saben Vds.? Soy propietario de los Housseaux, pero nada más que de eso. Nollard ha obrado muy bien, por su parte.

—No comprendo—interrumpió La Brève.

Max les explicó, en pocas palabras, el uso que su pariente había hecho de su fortuna.

—Me parece muy bien—repuso el anciano,—y la idea, en sí misma, es excelente; pero en lo que á Vd. concierne...

—No me ha sorprendido ni me ha molestado—replicó Buxy;—yo mismo le he sugerido más de una vez la idea de hacerse sobrevivir por alguna institución útil. Nollard tomó mis palabras al pie de la letra; ha procedido muy bien.

Evelina miró al joven con cierto descontento; es loable ser desinteresado, pero no hasta ese extremo!...

—Señor Buxy—exclamó, de repente, La Brève,—¿quiere Vd. quedarse á comer con nosotros? Comemos aquí, en esta mesita, sin cumplido ninguno.

—¡Con muchísimo gusto!—contestó Max,—pero, ¿qué dirá Elmira?

—Elmira está contenta con todo lo que nos agrada—observó la joven, escapándose á la cocina.

A pesar de la horda de vendimiadores que no tardarían en invadir sus dominios, la criada se declaró dispuesta á servir una buena comida y, en verdad, fué excelente.

Nunca vió la mesa preparada junto á La Brève, convidados más alegres ni mejor dispuestos á regocijarse con todo.

Durante dos horas, deliciosas, parecían haber olvidado todo, excepto lo que puede desaparecer al primer choque con la realidad.

Finalmente, los ojos de La Brève, perdieron su ficticio resplandor, y sus párpados se cerraron ligeramente. Max se levantó.

—Temo haber fatigado á su papá—dijo en voz baja á Evelina, alejándose un poco.

—¡Oh! ¡no!—replicó ésta, con cierta sombra de tristeza —¡Está muy contento! Desde... desde la primavera pasada... nunca le había visto tan alegre.

El la lanzó una mirada en que se veía una nubecilla de reproche; ella lo notó, aunque permaneció mirando al suelo, y un matiz de rosa más vivo subió á sus mejillas. ¿Siempre con la Roseaie? ¿No acabarían nunca de reprochárselo?

—Hasta la vista, querido vecino—dijo Max á su huésped, acercándose para estrecharle la mano.

—¿Pronto?—preguntó La Brève, abriendo los ojos.

—Cuando Vd. me lo permita...

—Entonces, mañana.

—Y yo—observó Evelina,—me vuelvo á la viña, mientras Vd. descansa un rato, papá.

Demostró el padre su consentimiento, con una se-

ñal de cabeza, y Evelina descendió, acompañada de Max, el cual, al llegar á la escalinata, la miró con descontento, como si se despertase en él su antigua animosidad.

—¿Es posible—le dijo á quemarropa,—que tenga usted ganas de abandonar esta deliciosa casa? ¡Si tuviese yo una morada como ésta, sólo desearía trabajar en ella, vivir en ella, y en ella morir!

—¿Y nunca vería Vd. al mundo?

—¡El mundo! ¿A qué llama Vd. el mundo? ¿Lo componen, acaso, esos, más ricos que nosotros, con los cuales no podemos alternar sin encontrarnos siempre muy inferiores á ellos?

El corazón de Evelina saltó; su rostro se sonrojó al recuerdo de Huberto y del esplendor de Trémegny; pero no dijo nada, y se encaminó á las viñas; Buxy marchaba á su lado.

—¿Es quizás el mundo oficial? Habría que ser ambicioso, y aspirar cuando menos á prefecto... Eso se ha visto, y es posible... ¡Vaya una ventaja! La política me entristece, y los cargos públicos me sentarían, ó, si prefiere Vd., les sentaría yo á ellos, como á un Santo Cristo un par de pistolas, como decían nuestros padres. ¿El mundo de la banca? Soy muy pobre, y lo seré toda mi vida, aunque mi posición sea bastante satisfactoria, á mi modo de ver. ¿Qué mundo, entonces?

—¡El mundo!—repitió Evelina, con secreta rabia que le producía una especie de trepidación interior.—¡El mundo en que se baila, en donde se da fiestas, en que se hacen y reciben visitas, en una palabra, el mundo sin etiqueta! ¡Todos tienen el suyo!

—¡Sí, todos tienen el suyo!—exclamó Max, con dulzura,—y hace falta que lo tengan; pero el mío, el que yo desearía á todos los hombres y á todas las mujeres, es un mundo sin etiqueta, sí, y que no tiene nada de «mundo». Es un mundo de gentes instruídas, donde cada uno es «alguien» en su esfera, es decir, en que cada uno aporta su pequeña ó su gran piedra en el edificio de la ciencia ó del arte; las mujeres de casi todos esos hombres, son sus amigas, sus compañeras, ó cuando menos sus amables asociadas, que contribuyen á la dirección y á la economía de su hogar, con toda la prudencia de una buena administración... En ese mundo se visita, Evelina, se baila, se casa uno, como en todas partes; pero las gentes de mundo no los conocen apenas, y de buena gana se encogerían de hombros al hablarles de ellos... Y, sin embargo, cuando alguno de nosotros se decide á realizar una excursión entre ellos, ¡cuán orgullosos se muestran al hacernos ver! Porque, en todos los mundos, gusta tener á su mesa uno de esos viejos señores del Instituto.

—¡Pero Vd. no pertenece al Instituto!—exclamó Evelina con aire burlón.

—¡Pertenezeré, señorita, ó dejaré de existir! Eso dependerá mucho, no lo oculto, del estado de mi estómago y del número de buenas cenas que pueda soportar cada semana, durante un período de cinco ó seis meses, todos los años, y esto durante un gran número de años.

Ella le miraba de reojo: ¿se reía él, ó hablaba en serio? Era indescifrable.

—¡Pero—replicó con tono superior,—uno no es del Instituto por vivir en un agujero.

—¡Eso es lo que le engaña á Vd., señorita! ¡Mire usted las mariposas, entre las cuales verá algunas que llevan palmas verdes en su fondo obscuro; pues forman sus crisálidas en un agujero, que procuran escoger lo más agradable posible, y cuando han fabricado sus alas, es decir, cuando han producido una labor considerable y amasado títulos de gloria, entonces vuelan hacia la luz!

—¡Mientras tanto se aburren á rabiar y sólo alcanzan la gloria cuando son viejos.

—¡Ah! ¡señorita, dígame Vd. una carrera que no suceda lo mismo! Los mismos actores, salvo raras excepciones, sólo consiguen ser apreciados cuando empiezan á no tener arte y á perder la voz... ¡Así está hecha la vida, señorita!

—¡Entonces—declaró Evelina,—es muy triste!

—No, señorita, la vida no es triste cuando se tiene á alguien á quien amar... Su padre de Vd. la ha encontrado muy agradable, al regresar Vd... Y, además, uno se casa... ama á su marido ó á su mujer... y los dos juntos aman á sus hijos... se trabaja...

Se había detenido, abarcando con un gesto de hermoso valle que les rodeaba: Evelina se acordó, de repente del movimiento con que, en presencia del primer comprador, La Brève había llevado su brazo á su pecho, como para guardar en él su querida propiedad.

—Las mujeres no tienen trabajo á que dedicarse—dijo, con una triste dulzura, Evelina.—Ya ve Vd., yo recorro estas viñas, sin entender en nada...

—Pero si quisiera Vd., entendería admirablemente; para eso bastaría que se interesase.

La joven dudaba y no respondió. Penetraron en la viña, en donde se trabajaba con menos ahinco que por la mañana.

Las risas y las conversaciones, algo ligeras, á veces cruzaban el aire; el olor y la fuerza de la uva empezaban á apoderarse de las cabezas, las jóvenes ya no estaban tan unidas, y los muchachos trataban de acercarse á ellas.

José iba y venía, animando por aquí, riendo por allá, sin reír ni gritar, desplegando un buen sentido y una actividad, que Evelina no hubiera sospechado en él, nunca.

—Señorita—dijo acercándose con largo paso á Evelina,—aquí todo marcha bien; puede Vd. volverse al lado de nuestro amo. Dentro de un rato iré al lagar, vamos á empezar á prensar la uva.

Evelina no se fijó en el consejo que encerraban aquellas palabras y continuó adelantando; Max, después de titubear un instante, la siguió; José caminaba tras ellos, pues las filas de cepas se hallaban muy aproximadas.

—Los vendimiadores empiezan á tener calientes las cabezas; eso no está mal, conviene que se diviertan un poco en la vendimia; van á entonar canciones...

Evelina seguía recorriendo la viña; Max, que había comprendido la intención de José, trató de disuadirla de que continuase más lejos; cuando el padre de familia divisó á un mozalbete que perseguía á una joven, muy cargada con su cesto.

—¡Eh! tú—gritaba José.—Vuelve á tus uvas, y no atormentes á Gérande...

—¿Y si le gusta á ella? ¿qué sabéis vosotros?—replicó el muchacho.—Porque á tu señorita le dé la gana de pasearse por aquí, con su galán, había que...

—Ha bebido—dijo José sin emocionarse,—sería mejor no seguir más, señorita; ese chico no es de aquí, y además, ya se ve que ha bebido; pero...

Evelina, al principio muy encarnada, por la afrenta, palideció instantáneamente. En silencio, se retiró.

Max permaneció indeciso, sin saber si debía seguirla ó separarse de ella. José se dirigió hacia el delinciente.

—Si crees que voy á dejarte decir majaderías, porque no esté aquí el amo...

—¿Como si te temiera?—exclamó el pilluelo, enseñándole el puño.—¡Tanto se me da de ti como de tu amo!

—Sí, pues ahora mismo se te arreglará la cuenta—repuso José;—aquí nadie falta al respeto al amo; los muchachos de la Vendée pueden regresar á sus casas; no se les volverá á molestar; pero tampoco molestarán ellos á los demás.

El desvergonzado se desató en imprecaciones y se acercó á José, con los puños levantados; pero los vendimiadores empezaban á murmurar, y por más ebrio que estuviese, comprendió que no saldría muy bien parado. Se fué á un extremo de la viña, en donde había dejado sus ropas, las recogió y se encaminó hacia la casa.

—Acompañe Vd. á la señorita, señor, y perdone que me permita decirselo—indicó José á Buxy, que bajaba corriendo, para alcanzar á Evelina.

Esta andaba de prisa, avergonzada y molesta, conteniendo á duras penas sus lágrimas, y sin saber á punto fijo cuál era la causa de tanta congoja.

Antes que Max pudiera alcanzarla, el borracho cruzó con ella y la dirigió una injuria que no comprendió la joven.

Casi en el mismo momento, Buxy la abordó y cogiéndola por un brazo, que apretó fuertemente, le dijo:

—Démonos prisa, me temo que ese bruto vaya á dar un disgusto á su señor padre.

Los dos corrían, sin decir una palabra.

Al llegar á la casa, vieron á Elmira que rechazaba vigorosamente al vendimiador despedido, el cual rodó por la escalinata abajo; antes de que tuviera tiempo de levantarse los dos jóvenes se hallaban dentro del edificio, y echaron los cerrojos tras ellos. Se miraron.

—Temo que el señor lo haya oído—dijo la fiel sirvienta;—vayan Vds. arriba á verle; yo me quedo aquí, por si á este borracho se le ocurre romper los cristales...

En tres brincos, Evelina subió la escalera, seguida de Max.

La puerta de la gran habitación se hallaba abierta, y en el umbral yacía La Brève, que había caído desmayado, al intentar acudir en auxilio de Elmira.

Buxy lo levantó, lo condujo á la cama y, sin detenerse en animarle, salió á escape en busca del médico.

El malvado que se iba por la alameda, vociferando amenazas, no trató de cuestionar con Buxy, cuya robusta estatura imponía respeto, y se le oyó, bastante rato, alborotar y cantar por la carretera.

Max había enganchado el viejo caballo, único que había quedado en la cuadra, y corría por el puente. El camino le pareció largo, se preguntaba qué sería de Evelina, en caso de que su padre hubiese recibido un golpe mortal, y no sabía contestarse.

Caprichosa, mimada como estaba, él la hubiera llevado en su corazón, para enseñarla cuantas dulzuras componían esa medianía suya... pero ella no sentiría.

La señora de Mangendre, le aseguró que el doctor se trasladaría á la Roseraie en cuanto llegase, y Max regresó á Chantocé.

Dejando á la anciana que se quedó á su servicio, el cuidado de desenganchar el caballo, Buxy penetró en la habitación de La Brève, atormentado por su ineficacia en poder socorrer á sus amigos.

El anciano había recobrado el conocimiento; yacía inmóvil, con los ojos inquietos, buscando en torno suyo; al ver á Buxy, hizo un movimiento; el joven se inclinó junto á él y oyó estas palabras, semejantes á un murmullo:

—Pobre pequeña... completamente sola... vele usted...

—Sí—contestó Max con voz enérgica,—no tema usted, yo velaré, y estará bien guardada.

El padre apretó los dedos que había agarrado, luego los abandonó y volvió á quedarse sin sentido; Max

hizo cuanto pudo para que volviera en sí; tardó mucho, pero lo consiguió.

Cuando el doctor llegó por la noche, halló á su enfermo mucho más tranquilo de lo que esperaba y elogió á los que lo habían cuidado.

Después de haber mirado el pálido rostro de Evelina y la cara descompuesta de Elmira, indicó á Max, con una seña, que le acompañara.

Fuera de la casa, le habló con entera franqueza. El señor de La Brève podía reponerse pronto, y vivir todavía veinte años más; pero una sacudida como la que acababa de sufrir acabaría de romper su debilitado organismo. Necesitaría una vida muy dulce y muy sosegada, durante algunas semanas.

—Compadezco á esas desgraciadas mujeres—continuó el doctor;—si yo no viviera tan lejos, mi esposa podría pasar aquí parte del día; ¡pero no hay medio! ¡Me vienen á buscar á cada momento, y si ella no estuviese allí para recibir los recados, sería un gran trastorno para mí! Evelina no tiene amigas en el país; lleva aquí muy poco tiempo... Y sin embargo, no pueden esas mujeres velar solas; es imposible: ¡las gentes pagadas ya sabemos para lo que sirven!

Interrogaba á Max, con su mirada, como para inculcarle su caritativo pensamiento.

—¡Le comprendo á Vd., doctor! yo no tengo gran prisa en regresar á París; los Housseaux no están lejos, me quedaré...

El doctor estrechó enérgicamente la mano de Max, subió á su coche y se marchó á visitar otros enfermos.

## XXII

Max velaba en aquella habitación inmensa; extendido en un sofá, meditaba en las extrañas circunstancias que le habían lanzado repentinamente en la intimidad de sus vecinos.

Elmira no podía tenerse en pie, por el cansancio de un día que había empezado á las cuatro de la mañana, y consagrada á alimentar á treinta obreros. José, tan fatigado como ella; Evelina, pálida, destrozada, próxima á caer como su padre... ¿cuál de estos seres rendidos hubiera podido pasar la noche velando el sueño de La Brève?

Max se ofreció espontáneamente, y su ofrecimiento fué aceptado con un agradecimiento tanto mayor cuanto que era mudo y sólo se manifestaba por expresivas miradas.

Velaba, sin cansancio alguno, aunque había viajado



toda la noche anterior; su muy activa imaginación recorría las etapas del sentimiento que le inspiraba ahora Evelina.

Nacido bajo una especie de cólera, provocado por una falta de acuerdo en cualquier punto que fuese, se había ido fundiendo, poco á poco, en una especie de tierna piedad.

Luego, viéndola más cariñosa, más sencilla, más humanizada, por decirlo así, dispuesta á participar de la vida de los demás, menos cuidadosa de sí misma, menos satisfecha de su persona, y más apegada á cuanto de dulce y atractivo había en derredor suyo, Max empezó á amar á esa niña, tan lejos de ser perfecta, pero tan seductora, en razón, acaso, de su misma imperfección.

Ahora la quería, y deseaba verla feliz. Feliz... ¿podría serlo? Probablemente, no llegaría á poseer nunca la fortuna que ambicionaba y que creía indispensable para la vida... Y él, se sentía demasiado altivo para proponerla que compartiese la medianía, débilmente dorada, que sería siempre su patrimonio.

¿Seguirían, pues, siempre sin entenderse? ¡Y, sin embargo, ella se había mostrado afectuosa, en su reciente encuentro, y ayer, se puso colorada, cuando el embrutecido borracho habló de su «galán»!

El señor de La Brève dormía, respirando débilmente; Max se levantó para contemplar su sueño.

Si llegase á morir el padre ¿qué haría Buxy, de la joven confiada á su custodia?

—¡Oh! ¡Nada de particular! La conduciría á Angers, con su tía, rendirían al difunto los últimos hono-

res, y, cumplida toda su misión, se descubriría ante ella, diciendo:

—Tengo el honor de despedirme de Vd. señorita.

—¡Adiós, caballero!

Y todo se acabó... ¿Pero tal vez La Brève, sobreviniera á su enfermedad, y, entonces?

Max volvió á su sofá, y se perdió en un sueño lleno de dulzura.

Sería ya primavera, haría buen tiempo, el césped estaría cubierto de margaritas, Lord jugaría en ellas como un elefante joven, del cual tenía el color y las patas monumentales; Evelina estaría alegre, hablarían sobre uno de los bancos del jardín, que Max habría mandado trasladar de los Housseaux, en donde estorbaban por su número y dimensiones... Las rosas del señor La Brève, se abrirían sobre sus cabezas, en largos racimos colgantes de los balcones... y el enfermero se durmió agradablemente, á algunos pasos del enfermo.

—¡Qué lindo despertar! Elmira, con un delantal muy blanco, entró despacito, llevando en una bandeja, una cazuelita de plata, en que humeaba un caldo reconfortante, para su amo, y, al lado, el desayuno del buen hombre que se había ofrecido á pasar la noche; el café perfuma, en una cafetera de porcelana; la leche densa y con nata descansa en una jarrita reluciente, la mantequilla, que acaba de ser fabricada, brilla en su platillo, al lado de un pan dorado...

La señora Charles hace buen chocolate; pero Max no había probado en su vida un café con leche

tan excelente. Y La Brève, á su vez, parece que saborea el caldo...

Evelina asoma su cabeza por la puerta entornada; sus rizados cabellos ondean alrededor de su frente; está paliducha, y sus ojos se hallan fatigados, pero ¡qué dulce sonrisa, y cuánto más seductora con su bata de franela gris, con su aspecto un poco en desorden, que ataviada con sus mejores vestidos y sus sombreros más llamativos!

—¿Debe Vd. de estar muy cansado, señor Max? ¡Pero mi padre tiene buena cara! ¡No hable Vd., papá, déjeme que le abrace! ¡Tiene la cara fresca... nada de fiebre, papá! ¿Un poco de apetito? ¿No? Ya vendrá. No sea Vd. demasiado goloso para todas esas cosas buenas, como la salud, el aire, la comida... Ya las tendrá á su debido tiempo. ¡José está en la viña, todos trabajan, el lagar humea! ¡Y dicen que habrá una cosecha como no se ha visto hace diez años!

¡Evelina es quien habla; ella, la que arregla las almohadas y las mantas; ella, quien imprime, á aquel cuarto, invadido, hace media hora, por la claridad del alba, aire de fiesta y de aurora!

Max no hubiera imaginado nunca, que la joven pudiera esparcir en torno suyo y del enfermo, semejante lluvia de dulzura y encanto. ¿La habría calumniado, ó es que el dolor realizaba su obra bienhechora?

—¡Váyase á descansar, señor Max; ya no le necesitamos; pero no nos pondremos á comer sin Vd., no lo olvide! Es preciso venir al mediodía; ¿tiene usted tiempo de dormir un poco? ¿Aun no son las siete?

—¡Dormir! ¡De ningún modo, señorita! Tomaré

una ducha; sabe Vd., en los Housseaux hay todas las comodidades modernas, agua por todas partes... Y un molino. Yo me burlaba de ello, pero ahora le pido perdón. ¡Hace subir el agua á todos sitios!

—Nosotros instalaremos uno: el doctor ha dicho que cuando papá esté restablecido le recetará duchas; usted nos enseñará como se organiza eso ¿verdad, señor Max? Yo le haré á papá ese regalo, con mis economías.

—Con mucho gusto, señorita.

El se va; Evelina abre la ventana; apoyada en el balcón, le contempla cuando camina por la avenida, tranquilo y joven, respirando salud; Lord revolotea junto á él y salta á la altura de su cabeza; Max juega con el enorme perro.

—¡Qué buen corazón!—piensa la niña.

Elmira se acerca y mira también.

—¡Eso es lo que se llama un guapo mozo, señorita!—dijo—y, además, bueno! No sé lo que hubiéramos hecho ayer, sin él. ¡Nos lo ha debido de enviar la Providencia!

Pasan los días, no se sabe por qué el señor de La Brève, parece no resentirse casi de la última caída; se encuentra débil; pero su inteligencia es clara y buena como antes; cuando habla, sólo su voz revela debilidad, parece venir de muy lejos, también su risa es ahogada, como el tañido de las campanas que se oye á gran distancia en la soleada campaña.

José permanece á su lado, tieso como un palo, orgulloso como Artabán; Evelina y Max escuchan, con un silencio lleno de admiración.

—¡Veintinueve barricas, señor! ¡Y de un vino como no se ha probado hace treinta años! ¡un vino que se conservará tanto como se quiera! y que no conviene vender muy á prisa. ¡Ayer tarde vinieron varios almacenistas, y ofrecieron doscientos francos por pipa; pero no hay que apresurarse, vale más que eso!

—¿Cómo lo sabe Vd., José?—preguntó Buxy, á quien gustaba instruirse.

—¡Toma! ¡pues porque lo ofrecen! ¿Cree Vd. que un comerciante, ofrece alguna vez, de buenas á primeras, el verdadero precio de la mercancía? ¡El vino y los caballos, señor Buxy, exigen ser regateados!

—Regatearemos, José,—dijo Evelina, mientras las mejillas de su padre se tiñen de un rojo, de alegría — ¡Papá, veintinueve barricas, á doscientos francos, suman casi seis mil francos! ¡No creí yo que la Roseraie fuese tan generosa!

—Es porque ha sido un año excepcional—conjeturó el padre, con su vocecita lejana—y además, ¡he cuidado tanto las vides!

—¡Sí, papá, y yo que creía que era tiempo perdido! ¡qué tonta he sido!

Evelina habla con soltura delante de Max; parece que lo ha escogido por confesor, y, ante la franca sencillez del joven, ella se avergüenza, verdaderamente, á menudo, de haber sido una criaturita complicada, alambicada, aunque ahora casi no lo es ya.

—¡Qué bonitos muebles tienen Vds.—exclamó Max paseando en torno suyo su mirada.

La Brève los contempla con aire satisfecho, y dice:

—Son bonitos, y sobre todo, me son muy queridos; aquella cómoda del fondo, era de mi tatarabuela, que la recibió como regalo de boda... la mesilla de noche de Evelina no es tan vieja; pertenecía á mi abuela. Y esa mesa redonda, era la de nuestras comidas de niños; se la llamaba Fontenoy, porque Ricardo de La Brève se lo regaló á su esposa, al volver de la batalla... Todo es muy viejo, pero le tengo cariño... Si supiera que esos muebles no estaban ya en casa, me parecería que con ellos se habría ido una parte de mi vida. Por eso, cuando vendamos la Roseraie...

—¡No venderemos la Roseraie, papá, nunca, jamás! ¡Oh! papá, he sido muy mala y necia...

Cayó de rodillas junto al sofá y sollozaba, con la cabeza entre sus manos. Max tenía muchas ganas de eclipsarse; pero vió palidecer al señor de La Brève; y, con mano prudente, tocó ligeramente en el hombro de la joven, murmurando á su oído:

—¡Nada de emociones!

Inmediatamente se levanta Evelina inquieta y tierna, mirando á su querido enfermo, llena de remordimientos...

—No, no es nada,—dijo, emocionado, el padre—las buenas impresiones no causan mal... ¿Luego, quieres, por fin á esta pobre Roseraie? ¿Has comprendido algo de lo que para mí significa mi propiedad?

Evelina se sienta al lado del anciano, y con una mano, coge una de las de éste y conserva en la otra su pañuelo para secar sus húmedos y rebeldes ojos.

Max se retira de puntillas.

A las tres fué José á buscarlo á los Housseaux, en donde Buxy se aburría extraordinariamente.

—¡La señorita—dijo el sirviente á Max,—desearía enseñar al señor Buxy el magnífico cuarto que acaba de arreglar, preguntarle su parecer acerca de los muebles; porque, cuando el señor Buxy no está allí, nos vemos muy embarazados, toda vez que nuestro amo no puede ir y venir!

—Qué adulator es este José;—pensó Max,—pero eso es una prueba de amistad, y le perdono.

En efecto, dos ó tres escalones más arriba de la habitación de Evelina, en la otra fachada de la casa, Elmira, y José habían preparado una sala soberbia, con tres ventanas al mediodía, que el sol llenaba de rayos rojos, porque el otoño de Anjou, se porta como se esperaba, y Max compadece á los que residen en París.

Muy colorada, atareadísima, con un cepillo en la mano, Evelina á fuerza de frotar, hace relucir las molduras de roble.

—Señor Max, ¿esta mesa ó esa otra? ¿Cuál le parece á Vd. mejor?

—¡Las dos, señorita! Una en cada hueco. ¡Pero, esto es un palacio! ¡No me habían enseñado Vds. toda esta magnificencia!

—Todavía quedan cuatro habitaciones—dijo Elmira—pero no se utilizan, porque hay que subir un piso más, y bajar luego cinco escalones por el otro lado; mas, si se quisiera construir una escalera, por fuera...

—¡Se construirá, Elmira! ¡Para algo ha de servir el dinero de mi madrina!

—Pero...—repuso Elmira turbada.

La vieja nodriza no sabía que Evelina había llorado, junto á su padre, aquella mañana.

—¡Es que no se venderá la Roseraiel— declaró la joven, con su aire de superioridad.

—¡Oh! ¡alma querida de Dios! ¡Ya me figuraba yo, hijita mía, que acabarías por quererla! ¡Oh! ¡señorita, dispéñeme Vd.!

—Por toda respuesta, Evelina le pasó un brazo alrededor del cuello y la abrazó; la nodriza oculta su rostro con el delantal y huye.

Max haría de buena gana lo mismo, pero, ¡dos veces en el mismo día!... Fingió gran tranquilidad.

—¿No es verdad, señorita, que las casas viejas son muy buenas? ¿Y los muebles antiguos? Y hasta las personas ancianas. Nuestro consuelo, el de los jóvenes, es que, á nuestra vez... lo más tarde posible, nos volveremos viejos. Debemos arreglarnos de manera que podamos llegar á viejos: es una recompensa... ¿no me cree Vd.?

El rostro de Evelina se tiñó de púrpura; ¿sería efecto del crepúsculo?

—Lo creo, y le comprendo, señor Max;—dijo la niña—pero es difícil.

—¡Según y cómo!—repuso Max; de buena gana hubiera añadido algo más; pero acababa de entrar Elmira y no se atrevió.

Han pasado ocho días: el doctor ha permitido á La Brève que salga un poco si el tiempo es bueno; Evelina ha dicho que hace un día espléndido, el sol entra por las ventanas del cuarto grande; y, á eso de

las dos, cuando la tierra esté bien caldeada, saldrán á dar un paseito.

—Y mañana, iré á ocupar mi bonita y nueva habitación—dijo el señor de La Brève.

Evelina se opone, se entabla la discusión y el padre acaba diciendo:

—Es preciso que, cuando te cases, sea tuyo este cuarto; así es que, debes dejarme que me acostumbre en seguida al que ha de ser el mío.

Evelina se sonroja é inclina la cabeza.

—¿Me casaré?—preguntó melancólicamente.

—Antes tenías ganas de hacerlo.

—Sí, pero ya pasó: entonces era yo muy necia; ahora, pondría por condición no separarme ni de usted, papá, ni de la Roseraie...

—¡En ese caso, será quizás, algo difícil!—repuso gravemente La Brève.

En ese momento debía de venir Max; pues se oye á Lord, que ladra alegremente, lo cual indica un éxtasis del can. Evelina se coloca de espaldas á la puerta, aparentando ignorar que Max se acerca.

Se habla como de costumbre, y sin embargo La Brève presiente que nada marcha como de ordinario; él hubiera querido á su vez dejarlos solos; ¿pero, con qué pretexto? Tuvo una idea:

—¿Quieren Vds. hacerme el obsequio—dijo—de ir los dos á la carretera, para ver si está seca, ó si debo pasearme sólo por la hierba? Evelina conoce mis gustos y la orden del médico.

Max franquea la escalera con extraordinaria pres-

## Colección de novelas españolas y extranjeras

Componen esta colección novelas escogidas entre las de los mejores autores contemporáneos, tanto nacionales como extranjeros, traducidas éstas y revisadas con la mayor escrupulosidad, formando por estas razones y por la abundante lectura del volumen, la Biblioteca más económica y selecta de cuantas hasta el presente se han publicado en España.

Han visto la luz y se hallan en venta, las siguientes obras de esta colección.

De 120 á 160 págs. á 2 reales volumen

- E. GREVILLE.—El secreto de Dosia.  
 » El martirio de Raísa.  
 » Susana Normis.  
 » Una vida de amor.  
 P. MERIMÉE.—Carmen.  
 O. FEUILLET.—Corazón rebelde.  
 T. ORTS RAMOS.—Confesiones de mujeres.  
 P. DU TERRAIL.—El secreto terrible.  
 DE STENDHAL.—La abadesa del Castro.  
 H. DE BALZAC.—El hijo maldito.  
 R. ORTS RAMOS.—Los mayorazgos de Beneloja.  
 T. GAUTIER.—Jettatura.  
 A. SCHOOL.—Los amores de una muerta.  
 F. DOSTOYEVSKI.—Los precoces.  
 CHAMPFLEURI.—El violín de porcelana.  
 G. CHAMPSAUR.—El Corazón.  
 H. DE BALZAC.—Massimilla Doni.  
 PUSKIN.—El bandolero Dubrofski.  
 C. DICKENS.—La batalla de la vida.  
 M. TURMO.—Un drama en Antigua.  
 E. GOMEZ CARRILLO.—Los labios alucinados.

## Colección de novelas españolas y extranjeras

De 224 á 300 págs. á 4 reales volumen

- E. GREVILLE.—Blanca y Magdalena, 1 tomo.  
 » Lucia Rödey, 1 tomo.  
 » Desilusiones, 1 tomo.  
 » Ariadna, 1 tomo.  
 » Un crimen, 1 tomo.  
 » La princesa Ogherof, 1 tomo.  
 » La amiga, 1 tomo.  
 » Casar la hija, 1 tomo.  
 » La Niania, 1 tomo.  
 » La Ingenua, 1 tomo.  
 » Linda propiedad en venta, 1 tomo.